

Pedro Garfias y León Felipe, hoy

SANTIAGO GENOVES

Todo Llega cuando debe

Garfias, hoy tan olvidado y tan recordado, nació el 20 de mayo de 1901 en Salamanca, España. Tendría, tiene pues, ahora, noventa y cinco años, aunque falleció el 9 del '67 en el Hospital Universitario de Monterrey.

Siempre lo estamos recordando mucho y, en especial, los pocos trasterrados que vamos quedando: Pedro Garfias quiso cargar sobre sus hombros buena parte del peso del destierro, y lo echó a volar. Queda volando. Quedó para siempre.

¿Qué diría hoy Garfias desde ése su interior poético que absorbía la circunstancia? De seguro, Luis Rius, Minerva Margarita Villarreal, Santiago Roel, Alfonso Rangel Guerra, Hugo Padilla, Miguel Covarrubias, Romero Aridjis, Alfredo Gracia o Guillermo Ceniceros, entre otros, tendrían venturosos y aventurados acercamientos mejor basados y más certeros que los míos.

Encontrándome yo, con Garfias, en "Yo sé que ya mi voz se va perdiendo,/ yo sé que ya mis ojos vuelan poco,/ sé que de tanto ya sentirme loco/ loco me estoy volviendo/ Sé que mi amor se fue sin haber sido,/ que mi vida se va porque así quiere,/ y que mi anhelo de vivir se muere/ en pasmo convertido,"(de Río de aguas amargas) y habiéndome atrevido a bastante, conscientemente, en esta breve vida, tanto en la mar como en la tierra, pensando, pensando mucho, voy a atreverme ahora.

Llegó Garfias a México en 1939 a bordo del buque Sinaia. Allí, desde el medio de la mar escribió: ..."Pueblo libre de México/ como otro tiempo por la mar salada/ te va un río español de sangre roja/ de generosa sangre desbordada./ Y eres tú esta vez quien nos conquista/ y para siempre/ ¡Oh

Nueva y Vieja España!".

Pienso yo, quiero pensar, que Garfias, como durante la guerra civil española, se hallaría ahora desolado, llorando por dentro, pero dejándonos poema tras poema, con esa varonil madura fuerza y verdad interior tan sobria, verdadera y cabal que, asombrándonos, nos daría sombra, cobijo, entereza y comprensión. Rebelándose, sin dejar de mirar alto. Hundiéndose y tocando con pies y manos la maloliente circunstancia, pero sin regodearse en ella. Garfias era, es, un hombre muy hombre, tan humano como el más humano que ha existido o existirá.

Pienso, quiero pensar, que no estaría en el DF, ni en Monterrey, Zacatecas, Torreón o Guadalajara, siguiendo sus acostumbrados periplos. No, pienso, quiero pensar, que don Pedro se hubiese ido, en silencio, a lo más recóndito y aislado de los altos de Chiapas, a hablar consigo mismo, y con Dios: esto es, hablar con los hombres.

Y ahora, si bien Lorca nos dejó lo mejor de sí en Poeta en Nueva York, Garfias nos hubiese dejado "Poeta en Chiapas", sin mitificar ni mistificar absolutamente nada. Y es entonces, sólo entonces, que entenderíamos.

"Escudos pintan escudos/ ducados compran ducados/ y truhanes muy desnudos/ con dados hacen condados"; o "Poderoso caballero/ es don dinero".

No: la solución no está, ni en todo el planeta ni en México, en más balas, cañones, misiles y contramisiles, ejércitos y contraejércitos.

Tampoco en mentira y contramentira por medio de la palabra escrita o hablada. ¿Dónde, dónde radica, pues?

En esa verdad que todos conocemos, en esa inmanente verdad que la mayoría de los políticos de todo el planeta, nos esconden por egoísmo, incapacidad, inercia, intereses particulares, ceguera partidista, convención, continuación en el poder y el dinero, prepotencia alimentada por segundones, etcétera.

"Volved las baratijas a su sitio/ los ídolos al polvo/ y la esperanza al mar". León Felipe.

Hace ya cincuenta y tantos años (Guerra incivil española-estuve en el coro), que vengo oyendo lo mismo: "¡Para nuestros hijos y nietos!" "¡Para lograr un futuro mejor!" Ya se han muerto de muerte natural, o por violencia, o por hambre, hijos y nietos de aquellos años. Idéntica cantinela continúa hoy. ¿Hasta cuándo vamos a estar y ser así? "...no me contéis más cuentos/ que vengo de muy lejos/ y sé todos los cuentos./ No me contéis más cuentos/ que no quiero que me arllen con cuentos/ que no quiero,/ que no quiero,/ que no quiero,/ que no quiero que me sellen la boca y los ojos/ con cuentos;/ que no quiero,/ que no quiero,/ que no quiero,/ que no quiero que me entierren con cuentos..." , León Felipe.